

LA OTRA MUERTE DE ALTHUSSER

Ramón Alvarado J.
UAM Xochimilco

A fines de los sesenta y a todo lo largo de la década de 1970-1980, circulaban intensamente en medios académicos y círculos intelectuales del mundo occidental los nombres de R. Barthes, M. Foucault y L. Althusser.¹ Los tres "auricolados" por su inscripción en una corriente de pensamiento constituida, en ese entonces, como una fuente indiscutible de autoridad; el estructuralismo.

Sin embargo, la singularidad del marco conceptual de estos autores impide, de hecho, una clasificación cómoda. Ante esta dificultad, ciertos comentaristas han optado por designaciones como post- o neo- estructuralismo, recurso "nominalista", para crear un efecto de distancia frente a una supuesta "ortodoxia" representada por Levi-Strauss. Por otra parte, en el horizonte teórico de estos pensadores, particularmente en Foucault y Althusser, se ponen en evidencia diferentes soluciones de continuidad ante las curiosas ramificaciones que ha adoptado la teoría marxista en Francia.

La dimensión trágica de la historia

Louis Althusser (1918-1990) forma parte de una generación de intelectuales franceses marcada "por la terrible educación de los hechos". Los movimientos sociales en la Francia del Frente Popular, la guerra civil en España y la tremenda prueba que representó para el mismo Althusser la gran guerra, son algunos de los hechos de la historia que lo llevaron a establecer una ruptura con su cosmovisión cristiana para adherirse definitivamente, en 1948, al marxismo y al Partido Comunista Francés (PCF).

En el período que se abre en la posguerra y se prolonga en la siguiente década, el marxismo ejerció un enorme poder de atracción sobre los intelectuales en Francia. En este sentido, el ejemplo más ilustrativo es el debate teórico político en torno a las ideas de Marx, entablado en la revista *Temps Modernes*, bajo la dirección de Sartre y Merleau Ponty. Sin embargo, las inclinaciones marxistas del grupo existencialista nunca los condujo a asumir una militancia política en el seno del PCF. Althusser en cambio, no sólo se sumó a las filas de este partido sino permaneció inmutable en este marco organizativo por más de treinta años. Fueron décadas atravesadas por reacomodos organizativos y desprendimientos sucesivos de sus militantes, motivados, entre otros aspectos, por una serie de acontecimientos como el levantamiento en Hungría en 1956, las revelaciones del vigésimo congreso del PCUS, la guerra de Argelia, el movimiento estudiantil y la ocupación de Praga por el ejército soviético en 1968, y en fin, la emergencia y posterior crisis del programa común de la izquierda en Francia. En suma, la mayor parte de su vida transcurrió en este espacio organizativo, sosteniendo a la vez una relación tensa y ambivalente con las instancias de dirección del partido. Esa ambivalencia podía asumir la forma de un estoicismo militante o de cierta "excentricidad" que lo llevaron a mirar más bien a Pekín que a Moscú.

Al margen de la apropiación coyuntural de sus propuestas teóricas por parte de algunos círculos maoístas occidentales, sus reflexiones nunca impactaron efectivamente la práctica política y la orientación programática del destinatario implícito de sus trabajos: el PCF. Ni aun con su tardía pero decidida intervención pública sobre la línea de acción de este partido en 1978, *Lo que no puede durar en el Partido Comunista Francés*, pudo salir al peso de la lógica esclerosada que ha sumido a este partido en una crisis que se antoja irreversible. Esto representa una cruel paradoja para el intelectual que asume una tarea y una vocación que se pretenden transformadoras, pero en cambio, no consiguen hacerse escuchar por los cuadros que deciden la conducción de su partido. La marcada hostilidad, primero, y la abierta indiferencia, después, que asumió la dirección del PCF frente a las ideas de este filósofo marxista, son algunos de los episodios de un destino trágico como el de Althusser.

Un destino signado por su reclusión, a lo largo de cinco años, en un campo común para prisioneros de guerra. Esta "vivencia", al parecer, marca el inicio de una larga secuela de crisis depresivas que se cierra finalmente, con el dramático estrangulamiento de su mujer en noviembre de 1980.

1 No hay que olvidar, claro, a Derrida y Lacan, quienes, por la complejidad de sus obras, se inscriben más bien en un círculo de difusión más restringido, algunos de baja intensidad.

Más que en la práctica política de las organizaciones partidarias, es en el "frente teórico" donde la obra de Althusser va a producir amplios y profundos debates durante más de diez años.

De la revolución científica a la ciencia de las revoluciones

La repercusión de las ideas de L. Althusser no se puede calibrar en su justa medida si consideramos exclusivamente los efectos de ruptura de los textos fundadores del althusserianismo, aparecidos ambos en 1965: *La revolución teórica de Marx* (*Pour Marx*) y *Para leer El Capital*. Es necesario trazar brevemente el itinerario de la gestación de sus teorías. Todo parece indicar que su peculiar interpretación del marxismo se forjó en dos espacios que pretendió afanosamente conciliar: el marco organizativo del PCF y la Escuela Normal Superior de la "Rue d'Ulm". Desde su ingreso a esta prestigiosa institución académica en los años de posguerra, Althusser se encontró inmerso en un clima de extraordinaria fecundidad intelectual. En esta espesa atmósfera cultural, en donde muy bien podía ponerse en cuestión el mandarinato sartreano en la reflexión teórico-política como desarrollar intensas discusiones sobre la cientificidad en lingüística, Althusser va levantando progresivamente los muros de su edificio teórico. La interlocución que se desarrolla en este escenario propició el establecimiento de fuertes lazos afectivos e intelectuales de Althusser con varias generaciones de sus discípulos, entre quienes se contaron, por mencionar algunos, M. Foucault y M. Pêcheux.

La espiral del olvido

Profundamente atraído por el descubrimiento freudiano del "discurso del inconciente", ampliado por Lacan, y recuperando algunas formulaciones de la lingüística teórica de orientación estructuralista, Althusser intenta montar un aparato hermenéutico original, la lectura "symptomale", para aplicarlo a los textos de Marx. Sin embargo, la peculiaridad de su pensamiento no se reduce -ya lo dijimos- al corpus de libros y ensayos aparecidos con su autoría (a menudo compartida). Las ramificaciones de sus propuestas conceptuales, retomadas por sus discípulos, se extendieron por diversos campos de estudio aunque se encontraron inextricablemente unidas en una raíz común: la voluntad de construir teorías materialistas de: 1) La producción de conocimientos (D. Lecourt); 2) La producción literaria (P. Macherey), y 3) La

producción ideológico-discursiva (M. Pêcheux).

Si bien en la actualidad ciertos grupos de estudiosos mantienen aún encendido el rescoldo de sus chispazos teóricos, de hecho, Althusser pasó los últimos diez años de su vida en una marcha errante por los laberintos del recuerdo. Como pensador y figura pública este filósofo materialista encontró un primer fin trágico en la crisis depresiva de 1980. Ese año marca, paradójicamente, el inicio de un década caracterizada por el desvanecimiento del marxismo en el horizonte intelectual y en los escenarios políticos del mundo contemporáneo. En este clima cultural que muchos caracterizan como fundamentalmente post-marxista, sólo su muerte "física" pudo romper con esa espiral vertiginosa del olvido.